



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2019 Año VI/Núm. 12

ÍNDICE

José Manuel Bernal Llorente El fervor de lo ético mata la doxología	243
M ^a . Amparo Olivares Pardo Percepción y sentido de la vida a través de <i>El mundo en el que vivo</i> de Helen Keller	261
Enrique Mena Salas Ir a Roma, ir al César. Interés político-religioso en el acceso de Pablo a Roma según Hch 27,1–28,16	275
Vicente Tur Palau Reflexiones en torno a la homilía como acto de comunicación	317
Alfonso López Benito El sínodo diocesano. Fundamento teólogo-eclesiológico y su tipificación canónica	355
Santiago Bohigues Fernández La asamblea conjunta. A los 50 años de la Comisión Episcopal del Clero	387
Alfonso Esponera Cerdán Algunos materiales sobre la educación familiar en la casa de los Ferrer Miquel	405
José Francisco Castelló Colomer Lección inaugural del Curso 2019-2020: El Derecho Canónico al servicio de la reforma de las estructuras eclesíásticas impulsada por el papa Francisco	419
Memoria Académica del Curso 2018-2019	441
Recensiones	467
Publicaciones recibidas	489

RECENSIONES

TEOLOGÍA

SÁNCHEZ ORTIZ, J.A., *El valor de la humanidad de Jesucristo. Clave de la interpretación del concilio de Calcedonia en algunas cristologías del siglo XX*, CLV, Edizioni Vincenziane, Roma 2019, 605 p.

Acercándose a Cesarea de Filipo, Jesucristo planteó a sus discípulos una pregunta que versaba sobre su identidad (cf. Mc 8,29). Es una interpelación de gran resonancia, que no queda atenazada en un punto remoto de la historia. Traspasa siglos y fronteras y sigue vibrando en nuestros días, reclamando una respuesta actualizada y con sentido. Cada individuo, cada comunidad, cada generación ha de sentirse interrogada por esa cuestión y acogerla, contextualizándola y haciéndola propia, con la certeza de que para acompañar al Señor es preciso conocerlo en profundidad, repasar su obra y gustar el beneficio que la misma procura a nuestra vida. La Iglesia vuelve a escuchar una y otra vez esta pregunta de Cristo y sabe que responder a ella es la tarea más plenificante que existe y el gozo más consumado que se puede experimentar. No hay dedicación más sublime que sondear la hondura del Corazón de Cristo, narrar lo que ha hecho con nosotros y por nosotros, expresar en palabras la riqueza de la Palabra encarnada. No hay labor más provechosa que entrar en la insondabilidad del misterio de Jesucristo, salvador del hombre y luz de las naciones, para entender la felicidad a la que Él nos llama.

Los primeros siglos de la Iglesia, gracias al esfuerzo de pensadores ejemplares y solícitos pastores, entre luces y, en ocasiones, intentos no suficientemente logrados, se volcaron en prolongar la prontitud del apóstol Pedro, que abiertamente reconoció la verdad de Jesús de Nazaret, proclamándolo como el Cristo, el Mesías esperado por Israel (cf. Mt 16,13-20). Vinieron posteriormente otros bosquejos para desentrañar la riqueza inexhaustible de Cristo, para subsanar aproximaciones equívocas a su realidad, terminar con lacerantes controversias y poner remedio a concepciones erróneas del misterio de Dios. En medio de estos desnudos, Calcedonia descuella por ser un referente dogmático que clarifica la doble condición de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre: una persona en dos naturalezas.

A partir de 1950, coincidiendo con el 1500 aniversario de dicha asamblea conciliar, cuarta ecuménica de la historia de la Iglesia, hubo estudiosos que concentraron su atención en releer sus páginas, lo cual significó el despertar de un benéfico interés para la cristología y un enriquecimiento de la misma. En ese fecundo surco se injerta este sugestivo volumen, redactado por don José Antonio Sánchez Ortiz para alcanzar el grado de doctor en Teología, bajo la paciente guía del profesor de la Pontificia Universidad de Comillas, Padre Gabino Uríbarri Bilbao, S.J.

El autor de esta tesis ha dedicado tiempo y rigor a estudiar dicha asamblea conciliar, celebrada en pleno siglo V, que deseaba zanjar los fallos cristológicos de Eutiques, dando para ello como fruto granado una fórmula que buscaba brindar una vertebración orgánica a todas las dimensiones del misterio de Cristo, no ofreciendo, sin embargo, una exégesis de las mismas, sino asignando un lugar preciso a cada una de ellas.

El cuarto concilio ecuménico tiene el mérito de que acepta el hecho histórico de Jesús de Nazaret, describiendo con destreza y respetando con tino tanto la divinidad del Hijo de Dios encarnado como su humanidad, sin que esto conlleve el advenimiento de un tercero, mezcla de ambos. En este sentido, este concilio se convierte en un sólido fundamento para comprender a Cristo, en un hirsuto pilar que permite alzar otras reflexiones eclesiológicas, antropológicas y soteriológicas, gracias a su fórmula cristológica encomiable, forjada con esmero y no sin dificultades, incluso con un desgarrar todavía sin cicatrizar en nuestros días. De esta forma, el enunciado calcedonense continúa iluminando la fe cristiana de modo elocuente, moldeando con medida el tesoro de la unión del Verbo con la carne (cf. Jn 1,14).

Leer este libro es comprobar que el dinamismo contenido en la formulación cristológica de Calcedonia y su pujanza terminológica son de notable alcance y proyectan una luz inmarcesible a lo largo de los siglos, sirviendo de ancla entre tempestades y de brújula orientadora en medio de las resistencias siempre existentes para reconocer que el Hijo de Dios tiene su propia historia, que se hizo uno de nosotros, en todo semejante a nuestra condición, excepto en el pecado.

Si la primera singladura de la Iglesia hubo de incidir en la defensa de la kénosis de Dios en Cristo, en su divinidad humanizada, por el muro que la cultura entonces reinante levantaba ante esta verdad, ahora un antropocentismo exacerbado ha hecho necesario poner de relieve la divinidad de Jesús de Nazaret, su humanidad divinizada, es decir, su ser realmente Hijo de Dios. Calcedonia, y aquí radica su fuerza, mantiene el equilibrio de la dualidad en Cristo, preservando la justa distinción de las naturalezas en la unidad de su persona. Es un enunciado armónico, que plasma con cordura la unión de lo humano y lo divino en Cristo. Salvaguardar con precisión este binomio no ha sido empresa fácil, como se muestra minuciosamente en esta obra.

Pero como Calcedonia no es vetusta historia sino que proyecta su enseñanza vivificadora sobre nuestro presente, el autor de esta investigación no se ha contentado con ahondar en el significado e irradiación de la fórmula calcedonense. Ha querido asimismo manifestar cómo este concilio mantiene su dinamismo en pleno siglo XX, analizando la manera como lo leyeron y recibieron algunos autores de primera magnitud en el protestantismo (Schleiermacher y Barth) y deteniéndose al mismo tiempo en tres mástiles relevantes del catolicismo (K. Rahner, B. Sesboüé y los pronunciamientos de la Comisión Teológica Internacional). De esta manera, este volumen enlaza historia y pensamiento actual, descubre el despliegue del dogma cristológico de las dos naturalezas y ahonda en el tema de mayor calado en la reflexión cristológica contemporánea, a saber, el valor de la humanidad en la realidad humano-divina de Jesucristo, el sentido que tiene la dimensión humana en el misterio de la Encarnación. Es así como esta monografía se transforma en un óptimo ejercicio dialógico para profundizar en el inagotable misterio del abajamiento del Hijo de Dios.

Concluyendo, el autor de este volumen, con buen estilo pedagógico y frases enjundiosas y para nada alambicadas, ha vuelto sus ojos a Cristo, se ha puesto en camino con Él y se ha sentido discípulo con la obligación de abordar su genuina identidad, convencido de que a su luz el hombre comprende la reciedumbre de su dignidad, su real vocación y la labor que le espera en el mundo para volverlo hogar fraterno. Los Obispos reunidos en Calcedonia quisieron afrontar este mismo reto y para ello profundizaron en el tema de la Encarnación de Cristo, convencidos de que entendiendo en lo posible este misterio se conoce al Dios verdadero, y a través de Dios se conoce verdaderamente al hombre. Y es que el hombre solo se conoce realmente a sí mismo cuando capta su propia identidad a partir de Dios, y solo conoce al otro cuando ve en él el misterio de Dios.

El lector percibe, recorriendo estas páginas, que Calcedonia no fue un simple encuentro de pastores sino un luminoso hito. Por este motivo, sus enunciados dogmáticos troquelan la lógica del cristianismo, no solamente de la cristología, pues consiguieron explicitar la identidad de Cristo sin dualismos depauperantes o excesivos, signados por altisonantes trascendencias o reductivas inmanencias.

El doctor Sánchez Ortiz, cimentado en una amplia bibliografía, con esta obra abre la puerta a nuevos trabajos de investigación, que podrían ampliar las repercusiones de Calcedonia para la eclesiología, el acto de fe, la realización de la vida cristiana y el quehacer pastoral de la Iglesia. Su esfuerzo resulta así un instrumento útil y sugerente no solo en el ámbito académico. También en el personal y en el eclesial, pues, con íntima convicción, también hoy queremos gritar al mundo que Cristo es el Hijo de Dios vivo, nuestro hermano, el amigo que jamás nos abandona, porque no ignora las aspiraciones más recónditas de nuestro interior. Puede transformar nuestra vida porque es Dios encarnado, sintoniza con nosotros porque es Hombre entre los hombres, es fuente que calma la sed de

vida y amor que siente todo ser humano ya que es Absoluto hecho historia. La Iglesia no tiene otro programa que darlo a conocer, prolongar su misión y vivir de su compañía sanante. ¡Qué maravilla sería para la humanidad si cada día aguzara su oído y diera respuesta a las preguntas que Cristo le formula, entablado con Él un coloquio que lo único que conlleva es alegría y paz sin ocaso!

Fernando Chica Arellano

PASTORAL

ACOSTA PESO, R. – CRESPO HIDALGO, A., *¡Arriesga! La aventura del amor*, Editorial PPC, Madrid 2018, 173 p.

El presente volumen tiene una portada y un título sugerentes, que nos incitan a adentrarnos en una hermosa y sugerente iniciativa. Vemos una escalera hacia el infinito. Junto a ella, una llamada: *¡Arriesga! La aventura del amor*. Estos dos elementos se convierten no sólo en la portada de un libro sino también en el reclamo de una gran aventura.

El reciente Sínodo sobre la juventud nos ha alentado a “caminar con los jóvenes”:

La pasión por buscar la verdad, el asombro ante la belleza del Señor, la capacidad de compartir y la alegría del anuncio, viven también hoy en el corazón de tantos jóvenes que son miembros vivos de la Iglesia. No se trata, pues, solo de hacer algo *por ellos*, sino de vivir en comunión *con ellos*, creciendo juntos en la comprensión del Evangelio y en la búsqueda de formas más auténticas para vivirlo y testimoniarlo (*Documento final del Sínodo*, n. 116).

La nueva pastoral con los jóvenes reclama “acompañar procesos, más que ocupar espacios”. Guiados por este principio, tantas veces citado por el Obispo de Roma, esta obra, bajo el título *¡Arriesga! La aventura del amor*, quiere ser un servicio de acompañamiento en el proceso de madurez de la fe, que está íntimamente unido a la gran aventura del amor. Porque la vida puede ser una aventura fascinante, movida por el deseo de amar y ser amado. Un camino de maduración y de respuesta a la vocación a la que cada uno ha sido llamado, y en la que cada uno puede ser protagonista, o mejor dicho, un héroe, que tenga como lema “amar y servir”. Alcanzar ese lema y esa meta es un viaje al interior de cada uno, una búsqueda apasionante hacia el “verdadero-yo”.

Esta monografía propone un proceso formativo ágil y didáctico, apoyado en las nuevas tecnologías, sobre la aventura del amor, en la que el cuerpo tiene también su propio lenguaje. Más allá de sus páginas impresas, muestra un mapa de

viaje para correr una fascinante aventura: más que transmitir unos conocimientos invita a vivir una experiencia, propone hacer “un viaje de cine”.

El proyecto educativo se articula como un gran videojuego virtual que insta a superar diversos niveles, ocho, situados en diversos escenarios, familiares a la cultura juvenil de hoy: 1°. En tierras del mundo líquido; 2°. La llamada a la aventura; 3°. El Bosque de la memoria; 4°. En el Monte del amor; 5°. El vínculo de la comunidad; 6°. Heridas sin sangre; 7°. Descenso y salida de los infiernos; 8°. La prueba suprema. No es un camino exento de dificultades. Más bien está cargado de un sano optimismo que brota de la esperanza cristiana.

Cada nivel recorre una estructura común: se inicia con la proyección de una película de actualidad en el mundo juvenil: *Los juegos del hambre*, *Teresa de Calcuta*, *Up*, *Lion*, *Del revés*, *El Señor de los anillos*, *Spiderman 3*, *La vida es bella*. La visión de la película, solo o acompañado, invita a iniciar la aventura hacia el mundo interior. Se ofrecen una *Fichas de trabajo*, en las que se recogen las enseñanzas del Maestro que ayudarán a conocer y vivir mejor cada nivel, buscando siempre avanzar. Aunque su contenido parezca teórico, la tarea es hacerlo experiencia y vida, ya sea observando la realidad, ya sea la experiencia de otros, o bien confrontando todo con el propio proceso. Se trata de escribir un *Diario de aventuras*, la propia biografía. Después se invita a un compromiso, a modo de *entrenamiento*, que interiorice la enseñanza y produzca paulatinamente un cambio del corazón con la adquisición de hábitos de amor y servicio, domesticando el deseo innato de auto-referencialidad.

Cada nivel termina con una llamada a la oración y la acción de gracias, apoyada en una serie de *Salmos*, recorriendo la sinfonía de emociones del mundo juvenil, a veces dramáticamente convulso:

Lo haremos con un nuevo Salmo. En los Salmos bíblicos, el pueblo de Israel recoge la historia, y sobre todo los sentimientos más profundos, de su relación con Dios. En ellos, se entrelazan y se expresan alegría y sufrimiento, deseo de Dios y percepción de la propia indignidad, confianza en Dios y dolorosa soledad, plenitud de vida y miedo a morir (“Introducción”, p. 15).

Con un lenguaje cercano y ágil, arrancado al imaginario de la juventud actual, los autores Ramón Acosta y Alfonso Crespo, que ya propusieron un proyecto similar, apoyados en el *cine forum*, para los Cursos de Preparación al matrimonio y la vida familiar (*Un matrimonio de cine*, San Pablo, Madrid 2015) invitan ahora a los jóvenes a un viaje al interior, con hondas resonancias de carácter vocacional, arrancando de la vocación original plasmada en nuestro bautismo y abierto a la respuesta a la posible llamada a una vocación religiosa.

En la Introducción del libro se señala el auditorio al que se propone su lectura:

Sí, en principio, este libro –vamos a llamarlo relato de aventuras– va dirigido a jóvenes que comienzan a descubrir un horizonte en su vida, algo más allá del momento presente [...] Es un libro para ti. Pero no para ti solo. Sería una magnífica idea leer el libro acompañado. O leerlo entre tres y comentarlo. Sería hermoso que te acompañaran tus padres. También te puede acompañar tu grupo de parroquia, tu grupo de amigos, del instituto o de la universidad. El grupo nos refuerza y enriquece. Pero no puede suplir el trabajo personal (p. 16).

Es, pues, un libro pensado para jóvenes y adultos, que se puede trabajar solo o acompañado, en la familia o en el grupo parroquial, incluso en la misma escuela.

Esta publicación puede ser un precioso material para jóvenes y educadores, para desarrollar la propuesta que el papa Francisco nos hace en la Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*:

La pastoral juvenil implica dos grandes líneas de acción. Una es la *búsqueda*, la convocatoria, el llamado que atraiga a nuevos jóvenes a la experiencia del Señor. La otra es el *crecimiento*, el desarrollo de un camino de maduración de los que ya han hecho esa experiencia (n. 209).

A este segundo momento, el *crecimiento*, está enfocado este volumen, mejor esta hoja de rutas forjadora de una gran aventura.

Felicitemos a los autores por el esfuerzo realizado, sabedores que del mismo se cosecharán abundantes frutos de vida cristiana.

Fernando Chica Arellano

HISTORIA

CÁRCEL ORTÍ, V., *Diario de Federico Tedeschini (1931-1939). Nuncio y Cardenal entre la Segunda República y la Guerra Civil española*, Editorial Balmes, Barcelona 2019, VI + 1085 p.

Aunque Federico Tedeschini (Antrdoco, Rieti, 1873-Roma 1959), escribió diarios de su vida desde su ordenación sacerdotal hasta casi su muerte, el presente se refiere a la década más trágica de la historia de España. Nuncio Apostólico en Madrid desde 1921 hasta junio de 1936 y, posteriormente, cardenal arcipreste de la Basílica Vaticana y Datarío, se entendió personalmente muy bien con las autoridades republicanas. El Gobierno republicano tuvo en su seno tres hombres de moderado aspecto: el presidente, Niceto Alcalá Zamora, abogado más elocuente que profundo, de prácticas religiosas fundamentales, antiguo

liberal; Miguel Maura, ministro de la Gobernación, hijo del célebre político conservador y católico, estudiante díscolo, que había sido discípulo de los jesuitas y poseía un carácter audaz y fuerte; y Alejandro Lerroux, antiguo agitador radical, masón y en aquel momento “gran señor”, que poseía una buena fortuna, templado de criterio, inteligente y acomodaticio. Llevó con su historia, por ser indiscutible jefe de la organización republicana, la voz cantante en el Gobierno provisional en el que había otros tres masones: el principal, conocido por su sectarismo y por su intelectualidad, fue Fernando de los Ríos, ministro de Justicia, portavoz del anticlericalismo, ayudado por Indalecio Prieto, ministro de Hacienda, gran organizador y adversario de las derechas católicas, por haber luchado toda su vida contra ellas en una región tan católica como las que entonces se llamaban “provincias vascongadas”. También era masón Largo Caballero, socialista intelectual y muy especializado en las disciplinas sociales.

Todos los que formaron el Gobierno provisional de la República procedían del radicalismo extremo y, en líneas generales, puede decirse que sus tendencias representaban el campo republicano teórico (Lerroux) y el campo socialista (Prieto). Ambos campos fueron hostiles a la religión por principios y por las luchas antecedentes, viendo en ellos los católicos a los enemigos naturales de su fe y también de la Monarquía. En concreto, la rama republicana neta se presentó más conservadora y respetuosa con la Iglesia, pero no por convicción, sino por posición política. Por razón de su carácter diplomático y también por motivos personales, Tedeschini mantuvo relaciones con estos y otros políticos destacados del tiempo que estuvo en España.

Cárcel señala que, en la transcripción del diario, le llamó mucho la atención cómo fue un nuncio el que consiguió mantener las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con la República, a pesar del laicismo radical e intransigente que encontró. De hecho, Tedeschini fue el gran artífice de la mediación con las autoridades republicanas, dispuesto siempre a colaborar con ellas, siguiendo las instrucciones que le dieron el Papa y su gran amigo el cardenal Pacelli. Pío XI, que reconoció inmediatamente al nuevo régimen –a pesar de dudar de su legitimidad política, porque las elecciones del 12 de abril de 1931 fueron administrativas y las ganaron los candidatos monárquicos– le había dicho: “La República es el gobierno que los españoles se han dado en este momento y, por lo tanto, hemos de colaborar con ella por el bien común de los españoles”. Y esto lo acató a pesar de los muchos problemas y dificultades que le acarreó, consiguiendo que la Iglesia buscara siempre la concordia. Sin embargo, los republicanos se lanzaron inmediatamente al choque frontal, ignorando las propuestas conciliadoras que la Iglesia les ofrecía, y prefirieron aprobar una Constitución sectaria, inspirada por la masonería, de corte anticlerical y antirreligioso, según frase de Sánchez Albornoz, porque, según Alcalá-Zamora: “Se hizo una Constitución que invitaba a la guerra civil”. Y para el radical Lerroux: “La Iglesia no había recibido con hostilidad a la República. Provocarla a luchar apenas nacido el nuevo régimen era impolítico e injusto; por consiguiente, insensato”. Ortega y

Gasset, por su parte, comentó: “El artículo donde la Constitución legisla sobre la Iglesia me parece de gran improcedencia”.

Por ello, cuando empezaron los incendios de iglesias y conventos en mayo 1931 y, sobre todo, tras la revolución de Asturias de 1934 provocada por socialistas y comunistas, que causó la muerte de varias decenas de sacerdotes y religiosos (algunos de ellos ya canonizados, como los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Turón), y tras las elecciones fraudulentas de febrero de 1936, que dieron la victoria al Frente Popular, Tedeschini vio claro que la situación socio-política se hacía insostenible por los numerosos atentados provocados por extremistas de derechas e izquierdas; tan insostenible, que desembocó en una sangrienta guerra civil, y con ella una persecución religiosa sin precedentes en la historia de España, con el asesinato de doce obispos, cerca de siete mil eclesiásticos y unos tres mil laicos, en apenas seis meses.

Según Cárcel, Tedeschini predijo la guerra, pero jamás imaginó tanta crueldad en tan poco tiempo y la destrucción total de un ingente patrimonio histórico, artístico y documental, que se perdió para siempre. Estos trágicos sucesos los fue siguiendo desde Roma través de los obispos y numerosos sacerdotes huidos, que se refugiaron en el Colegio Español y en otras instituciones romanas, gracias a la ayuda económica que recibieron del Papa.

A través del *Diario*, descubrimos que la nunciatura de Tedeschini en Madrid fue agitada y polémica desde su nombramiento en 1921, pues apenas llegó a la capital de España experimentó las amarguras y asperezas de la vida diplomática. Su protector Benedicto XV, con quien mantenía correspondencia epistolar personal, falleció el 22 de enero de 1922, y el nuevo papa, Pío XI, nunca le demostró gran simpatía.

Mientras los nuncios anteriores habían permanecido en España períodos breves –entre un mínimo de tres y un máximo de siete años– Tedeschini estuvo más de quince años al frente de la representación pontificia; por ello no debe sorprender que hablase de sus angustias y tribulaciones personales. Desde la proclamación de la República, su situación personal se fue haciendo cada día más difícil, y no ocultó su malestar, sobre todo a sus protectores y defensores en el Vaticano, que fueron los cardenales Gasparri y Pacelli.

El *Diario* describe detalladamente su actividad cotidiana: se levantaba normalmente a las 8, celebraba la santa misa a las 9, con la asistencia casi diaria de dos o tres de sus dirigidas espirituales, desayunaba con algunas de ellas y recibía audiencias hasta la hora de comer, interrumpidas por la taza de caldo, que tomaba a media mañana, unas veces solo y otras en compañía de otras personas.

Después de la tradicional siesta, a primera hora de la tarde se desplazaba en coche para dar un paseo por la Casa de Campo y otros lugares cercanos a Madrid, acompañado siempre por dos escoltas que el gobierno puso a su disposición debido a su condición de decano del Cuerpo Diplomático, y a veces, por

algunos de los empleados de la nunciatura. Aprovechaba estos paseos para rezar el breviario.

Muchos son los testimonios que encontramos en el *Diario*, tanto sobre su vida espiritual, como sobre el espíritu que se instauró entre el personal de la nunciatura, comenzando por los ejercicios espirituales ignacianos, celebrados por vez primera en 1930, dirigidos por el P. Panizo, s.j. En los años sucesivos fueron dirigidos por el mismo religioso, por el P. García Villada, s.j. y el P. Peiró, s.j. También practicaba mensualmente los retiros espirituales en Hortaleza, lugar cercano a Madrid, invitado por la superiora de las religiosas de la Sagrada Familia.

Su primer confesor fue el P. Gil, superior de los Redentoristas, con quien hizo el 22 de marzo de 1931 la confesión general desde que era sacerdote. Después, su confesor fue el claretiano P. Naval.

Fomentó la devoción al Amor Misericordioso, a raíz del viaje que hizo el 2 de julio de 1932 a París, donde visitó a Sor María Teresa Desandais (1876-1943), una religiosa famosa porque tuvo una serie de revelaciones místicas sobre el Amor Misericordioso de Jesús y comenzó a escribir sus experiencias sobrenaturales bajo el pseudónimo de "Sulamitis". Vivió en el monasterio de Dreux hasta 1940 y después de una vida abnegada y oculta, murió en concepto de santidad en 1943. En 1904, sor María Teresa se sintió impulsada, sin tener particulares conocimientos de dibujo, a pintar una imagen del Amor Misericordioso. Desde 1915 la actividad literaria de sor María Teresa fue aumentando considerablemente, y hacia el final de la Primera Guerra Mundial la doctrina del Amor Misericordioso, así como la imagen, se encontraba ya difundida por Francia y parte de Europa. Tedeschini fue su principal protector y llegó a plantear a la Secretaría de Estado el estudio de esta nueva devoción, aunque sin obtener un resultado satisfactorio. Muy frecuentes fueron las celebraciones que presidió en el oratorio Hortaleza, movidas por su devoción al Amor Misericordioso.

También sufrió campañas denigratorias, provocadas por personajes tan importantes como el rey Alfonso XIII, que le consideraba como uno de los tres enemigos más importantes que había tenido en España, junto con el conde de Romanones y el embajador de Alemania, conde Welzeck. El mismo rey prohibió que frecuentaran la nunciatura quienes le visitaban cuando estaba en el exilio de Francia. También el P. Otaño, s.j., le informó sobre la campaña denigratoria promovida por los monárquicos, los integristas, los amigos del cardenal Segura y algunos jesuitas. Tedeschini acusó abiertamente a este cardenal y a Gomá de haberle levantado calumnias.

En 1930 tuvo que soportar numerosas críticas a causa del atentado sufrido en la Casa de Campo, difundido por una agencia de noticias y recogido por muchos periódicos. Pero, cuando todo se aclaró, el cardenal Pacelli, nuevo Secretario de Estado, le dijo que él había pensado desde el primer momento que se trataba de una calumnia, sin fundamento alguno.

Pero, sin duda alguna, los mayores ataques los recibió del conde Rodríguez de San Pedro, antiguo presidente la Acción Católica Española y amigo personal

del cardenal Segura, huido de España apenas llegó la República e instalado en la Ciudad Eterna, desde donde conspiraba contra el nuncio enviando cartas en las que manifestaba el “disgusto por la conducta de Monseñor Tedeschini” y el “desasosiego por las consecuencias que va a tener esa conducta si no se rectifica radicalmente”.

Sin embargo, en el *Diario* queda constancia de las alabanzas que algunos ministros republicanos hicieron de su gestión diplomática y de su habilidad para mantener inalteradas las relaciones con la Santa Sede. Luis de Zulueta, ministro de Estado, le dijo el 8 de abril de 1933:

“Io torno a ripetere ancora una volta, anzi per la centesima volta, e non mi stancherò di ripeterlo, che lei ha fatto un vero miracolo, riuscendo in questi due anni a mantenere le relazioni fra la Santa Sede e la Repubblica, cioè non già con uno Stato semplicemente laico, perché in uno stato laico si possono bene concepire le relazioni con la Santa Sede, ma con *questa Repubblica*. Con *questa Repubblica* e con tutte le leggi che sono state fatte e con tutti gli avvenimenti che si sono verificati, dalla Costituzione agli incendi dalle Chiese, dallo scioglimento della Compagnia di Gesù e dalla confisca dei suoi beni alla legge sulle Confessioni e Congregazioni Religiose e specialmente al divieto dell’insegnamento che ad esse si è fatto, era moralmente e umanamente impossibile che non si rompessero le relazioni. E lei ha fatto il miracolo”, diceva il Ministro; “con un altro Nunzio, e non lo dico per adulazione, si sarebbe rotto tutto infallibilmente” (p. 32).

Otros datos que registra el *Diario* se refieren a los donativos que recibió de diversas personas para las “obras buenas” (así las llamaba el mismo Tedeschini) que realizaba en su pueblo natal de Antrodoco, a través del párroco don Lorenzo Felli, para los pobres y personas necesitadas de la parroquia, para restauraciones de la iglesia, para objetos sagrados y celebraciones religiosas y para estipendios de misas en sufragio de sus padres y familiares difuntos, así como para los niños de la escuela local y para ayudar a jóvenes estudiantes.

Mucho le hizo sufrir el secretario de la nunciatura, monseñor Tito Crespi, que padecía graves trastornos, manifestados en frecuentes reacciones extrañas, rarezas y mal humor. A principios de marzo de 1936 comenzó a agravarse el estado de salud, por lo que fue internado en el sanatorio psiquiátrico de Ciempozuelos, dirigido por los Hermanos de San Juan de Dios, que le trataron con la máxima atención, y fue visitado por el célebre doctor Vallejo-Nájera, catedrático numerario de Psiquiatría en la Universidad de Madrid. Como la situación empeoraba por días, comenzaron los preparativos para su regreso a Italia; regreso que nunca llegó a completarse porque durante el viaje en el barco se produjo el trágico suicidio, ahorcándose en el mismo camarote cuando se encontraba solo. Tedeschini celebró sufragios por él, y transmitió a Pacelli el informe que redactó su acompañante, el P. Bellofatto sobre lo sucedido.

Preocupado por el peligro que podía correr el valioso archivo de la Nunciatura, que conservaba todos los documentos de la misma desde mediados del siglo XIX, el 27 de junio de 1931 envió 28 cajas que contenían los documentos desde el nuncio Brunelli en 1851 hasta Vico en 1913.

El *Diario* dedica también atención a sus relaciones con el cardenal-arzobispo de Tarragona, Vidal y Barraquer, y al sacerdote barcelonés Luis Carreras Mas, muy conocido y estimado por su cultura y por su especial devoción a la Santa Sede y al Papa, porque tuvo una destacada actuación durante la Segunda República como consejero del cardenal Vidal para asuntos político-religiosos, mientras se preparaba y discutía el proyecto de Constitución, en el verano y otoño de 1931.

La mayor acusación que se le hizo a Tedeschini cuando llegó a Roma fue que él intervenía en los asuntos de España dando a la Santa Sede una información parcial sobre los mismos. Nada más llegar a la Urbe, el 13 de junio de 1936, se instaló provisionalmente en el Pontificio Colegio Español de San José, situado en el Palacio Altemps (Via Sant'Apollinare, 8), en espera de encontrar alojamiento definitivo, dispuesto a pagar la correspondiente pensión, pero tuvo que abandonarlo pocos días después, pues se necesitaban habitaciones para acoger a obispos y sacerdotes procedentes de España a causa de la guerra y de la persecución religiosa. Por ello, desde el 11 de agosto de 1936, pasó a la Iglesia Nacional Española de Santiago, pero también tuvo que dejar esta residencia después de verano al ser criticado en algunos ambientes españoles. Después se trasladó a un apartamento en la Via Cavour.

Concluyendo, este volumen constituye un nuevo y preclaro servicio de Mons. Cárcel a la comunidad científica y a los historiadores que deseen ofrecer afirmaciones cosidas a la realidad. Los datos ofrecidos en este repertorio documental son una fuente de luz para comprender mejor los diversos, dolorosos y complejos episodios de la convivencia en España durante algunos lustros del pasado siglo. Esta válida publicación se convierte igualmente en un precioso complemento de los siete volúmenes editados por Mons. Cárcel en la Biblioteca de Autores Cristianos, de Madrid, desde 2011, sobre *La II República y la Guerra Civil en el Archivo Secreto Vaticano*, de algunos de los cuales hemos dado cuenta en estas páginas de *Anales Valentinus*.

Fernando Chica Arellano

DUFOUR, G. (ed.), *De ¡Viva Riego! a ¡Muera Riego! Antología poética (1820-1823)*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza 2019, 272 p. + Índice onomástico.

Rafael de Riego fue un militar tan alabado como odiado y temido, en determinadas esferas políticas, por haber sido uno de los jefes responsables de la

insurrección del 1 de enero de 1820 a favor de la Constitución doceañista y contra el poder absoluto con que reinaba Fernando VII con el apoyo de la Iglesia. Restablecer la Constitución era la clave, una Constitución que, como se decía en 1812 y se dirá en 1820, era la obra de Dios y por tanto santa. De tal forma que cualquier acontecimiento constitucional era festejado con un *Te Deum*, con rogativas y hasta con cánticos patrióticos en el interior de las iglesias. Resultaba, pues, incomprensible que buena parte del clero se opusiera a una tal Constitución como si fuera la obra del mismo diablo decidido a acabar con la religión. De este antagonismo era preciso que surgieran posturas encontradas a favor del clero –que quiere imponerse– y en contra de él –quienes buscan una sociedad más civil y una religión más evangélica– que, a veces se radicalizarían en expresiones de odio. Parte de la prensa del Trienio girará en torno a este enfrentamiento.

El profesor Dufour, buen conocedor de la España de la Ilustración y del Liberalismo y bien conocido por sus múltiples estudios sobre estos periodos, nos presenta en esta ocasión un buen trabajo sobre la figura de Rafel Riego a través de la poesía en sus diferentes manifestaciones apareció durante el Trienio Liberal en diarios, periódicos y otros papeles. Un trabajo costoso, bien documentado y minucioso por sus referencias y fuentes en el que se ha servido principalmente de la prensa. La multitud de títulos de diarios, periódicos y papeles de todo tipo del Trienio constituye una documentación muy rica para analizar la sociedad, los vaivenes políticos y la opinión pública que, en el caso de Riego, es bien ilustrativa de los cambios tan radicales como para vitorear, por una parte, al héroe de Las Cabezas, y, por otra, pedir su muerte. Una y otra cosa con el mismo fervor y pasión con unos meses de diferencia. Y termómetro de tan variable, acomodado e impersonal ánimo, fue la poesía presentada en distintas formas y calidades. Pero toda tuvo el mismo fin, alabar o denigrar a Riego y por extensión al resto de los héroes de la insurrección por más que sus vidas tomaran caminos distintos.

El caso de Riego resulta curioso porque en un principio su nombre apenas destacó del resto de jefes militares que se levantaron en armas contra el absolutismo fernandino, pero no tardó en convertirse en el héroe de Las Cabezas de San Juan por excelencia, gracias dice el autor, a la fama que adquirió la canción de marcha del regimiento que encabezaba él mismo. Se trata del *Himno de Riego*, aunque debería llamarse *Himno a Riego*, porque, aunque no se le nombrara directamente, se refería a él como libertador. De manera que el nombre de Riego empezó a estar en boca de muchos en cualquier lugar, fuera por las poesías, por sus retratos, por los honores que se le rendían o por los vivas con que se vitoreaba su nombre para acallar a sus adversarios o para incordiarlos. Primero frente a los serviles y realistas, luego también ante los masones que padecían malamente el nombre de pasteleros, y la reivindicación de un Riego sin mandil. Los liberales radicales usaron su nombre con tan excesiva facilidad que en ocasiones fueron prohibidos los vivas por respeto al rey, a la patria y a la Constitución.

El autor ha dividido la obra en tres partes que representan los momentos de Riego, la gloria, las dudas, y la caída. Así, titula la primera parte “La Apoteosis” que enmarca entre el 1 de enero de 1820, momento del alzamiento militar y el 4 de septiembre; llama a la segunda como “El tiempo de las controversias” que va desde el 5 de septiembre al 7 de abril de 1823, tiempo que comprende los sucesos de Madrid y el destino lejos de la corte hasta que se produce la entrada de los franceses en España. El tercero encarna el drama del héroe con el título de “La persecución y la venganza”. Es el periodo de la descomposición del sistema constitucional, la invasión francesa y el arresto de Riego y su condena a muerte. Estas tres partes, las analiza el autor a través de la poesía que se imprime en los distintos lugares de España con algunos ecos en el extranjero.

Entre las piezas poéticas de la primera parte destacan el ya mencionado *Himno del ciudadano Riego* y la *Canción patriótica del Trágala*. Si el primero se hizo muy popular como marcha militar entre la tropa, la segunda fue cantada y coreada en todos los ámbitos del liberalismo radical, aunque fuera denostada también por su baja calidad, característica de muchas composiciones poéticas de la época. La canción, muy pegadiza, rendía homenaje por igual a Riego, Quiroga, Baños y Arco Agüero y constituía un furibundo ataque contra los serviles y, supuestamente, contra Fernando VII. Pero es Riego el que acapara poco a poco el mayor protagonismo y se convierte no solo en el símbolo del libertador de la patria sino también en el de azote y vengador de los enemigos de la Constitución, de ahí que la poesía resume odio, venganza y deseos de muerte, al igual que sucede con la poesía del lado servil. Los vivos y muertas encarnan el odio que busca la destrucción del enemigo. La restauración de la Constitución, Código excelso y sagrado, se convierte en el símbolo de la luz frente a la negra Inquisición y a la noche tenebrosa del despotismo fernandino, pero también por arte del olvido para que por la Constitución reine Fernando a quien todo se perdona y a quien los liberales ensalzan como rey constitucional. Fuera de la Constitución solo hay esclavitud y ante esta solo cabe la muerte, de ahí el grito de ¡Constitución o muerte! Y fue Riego precisamente el primero en despreciar la muerte por la libertad y por la santa igualdad, el primero que empuñó el acero por el bien patrio. Si se ataca a Riego se ataca la libertad.

En la parte de “El tiempo de las controversias”, la fama de Riego no disminuye, solo que la posición del gobierno y de parte de liberales moderados le es contraria y sufre las decisiones gubernamentales de trasladarlo de un sitio a otro y de prohibir los vivos en su honor. El mismo Riego lo aceptó por el bien de la causa, al igual que dejar de cantar el *Trágala* para evitar que nadie se crea más constitucional que los demás, porque en la corte, se viene a decir, todos son constitucionales *ad regis exemplum*. Valga la ironía en lo que respecta a la corte y al rey. Tanto en la primera parte como en la segunda Riego es objeto de las comparaciones más sublimes y de los epítetos más hermosos. Se le compara con personajes lejanos como el Cid, Pelayo, Rodrigo o Padilla (cuyo nombre se aprovecha para relacionarlo con los comuneros y gritar ¡Viva Riego sin

mandil!), o cercanos como Lacy o Porlier, todos comprometidos con la causa de la libertad. En cuanto a los epítetos, estos son innumerables, algunos bien traídos, otros forzados, pero todos con la intención de ensalzar al que se tiene por héroe. Valgan algunos ejemplos: héroe de Las Cabezas, ínclito, valiente, libertador, caudillo, adalid, restaurador, bravo, generoso, baluarte inexpugnable, refulgente –radiante– sol que disipa las tinieblas, inmortal, santa es su voz como santa es la Constitución, santo patrón sacando en procesión su retrato y hasta semidiós. Virtudes sin cuenta que el imaginario popular divulga, sublima, mitifica y honra en su persona cuando se traslada de un lugar a otro hasta desembocar en las Cortes como diputado y presidente de ellas.

Con la “Persecución y venganza” finaliza el autor su buen trabajo. Como hemos indicado, las fechas de esta tercera parte son bien significativas, 8 de abril y 7 de octubre de 1823. La invasión francesa ya no asusta a los españoles, más bien ven a los franceses como libertadores. Salvo algunos enfrentamientos y la huida del gobierno con el rey y las Cortes hacia el sur, todo indica que el sistema liberal ha muerto. Y buena parte de la culpa de su muerte, aparte de la presión europea, fue de los mismos que defendía o decían defender el liberalismo. El Trienio estaba sentenciado aun antes de la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis. Durante estos meses, la prensa liberal fue cerrando diarios y periódicos o cambiando su orientación política, algo que sabían hacer muy bien. Así sucedió en Madrid con la entrada el 24 de mayo de los franceses o en Valencia el 13 de junio. Lo mismo sucedía por aquellos lugares por los que pasaban sin resistencia, de modo que los honores a Riego se fueron trocando en difamación, burla, persecución y deseos de muerte. Su detención fue festejada con júbilo por muchos, su traslado a Madrid fue alterado por las injurias con que se le saludaba y con los mueras cargados de odio. Si Riego había sido símbolo del cambio en 1820, ahora en septiembre de 1823 significaba el final, mientras aumentaban los cantos poéticos a Fernando VII y a Angulema, al libertador de un monarca que con mano de hierro iba a reprimir todo recuerdo liberal.

La producción poética de esta tercera parte se centra, pues, en festejar la victoria realista con loas a la patria y a la religión, además de al rey. Con lenguaje idéntico al liberal, pero contrario en su significado, se habla de leyes justas y sabias, pero no de Constitución. Si los liberales acusaban el despotismo fernandino, ahora los realistas acusan de lo mismo a los héroes de Las Cabezas y al sistema liberal, y Riego es el blanco principal. Ahora se le llama monstruo infernal, genio del mal, libertino, un Robespierre, caudillo de bergantes, ladrón, cobarde, Herodes de España, soñado emperador y hombre sin fe, sin ley y sin Dios. Nada de mística. En la dialéctica del bien y del mal, Riego –que baja al infierno– simboliza el mal y Fernando –que sube al solio– simboliza el bien. En *La muerte de Riego* se recogen bien los versos que muestran la voz cambiante de la opinión pública: “El gran RIEGO al cadalso camina / entre el gozo y clamor insensato / de ese pueblo fanático, ingrato / que cuando era feliz le adoró”.

El trabajo del profesor Dufour nos presenta la vertiente poética con que se ensalzó o se insultó al llamado Héroe de Las Cabezas. Una visión novedosa para cualquier investigador y que ayuda a conocer al personaje que fue símbolo de la libertad para una España liberal y monstruo traidor para una España realista azuzada por la vileza de un mal rey. Es un estudio realizado con la minuciosidad a que nos tiene acostumbrados este prestigioso historiador de las cosas de España.

Vicente León Navarro

LA BELLA, G., *Los jesuitas, del Vaticano II al papa Francisco*, Ediciones Mensajero, Bilbao 2019, 463 p.

El renacer de la Compañía.

El interesante trabajo del profesor italiano Gianni La Bella que ahora presentamos, ofrece una investigación bien documentado, sobre la vida de la Compañía de Jesús desde el Concilio Vaticano II hasta el Pontificado del papa Francisco y ha sido recientemente publicado en España e Italia.

Desde el punto de vista documental, aporta dos aspectos novedosos; el primero es que presenta la visión desde la Curia de los jesuitas de Roma y, por tanto, pondrá el énfasis en la intensa actividad y viajes realizados por el padre Arrupe en esos años importantísimos de su pontificado. Es decir, subraya más la actividad como gobernante del padre Arrupe.

Indudablemente, esos constantes viajes y encuentros personales pueden explicar la serenidad con la que abordaba la toma de decisiones: confiaba en extremo de las personas. Además, esos viajes contribuyeron a lograr el compromiso vital de todos los jesuitas para aportar ideas para el trabajo de las Congregaciones Generales. Lógicamente, sentir la Compañía como propia habría movido a la fidelidad a muchos de aquellos sacerdotes.

Asimismo, el profesor La Bella al llevar su obra hasta nuestros días, buscará mostrar que la paciencia y mesura de Arrupe habrían propiciado el que muchos terminaran centrándose en su vocación y regresaran por caminos de conversión a la piedad ignaciana. Es decir la continuidad en la clarificación y en la recomposición de la Compañía: las medidas para revivir la fidelidad al carisma terminarían por dar sus frutos. Así pues, al término de la lectura del trabajo, parece que se puede volver a hablar de una unidad de acción, ilusión y vigorización en la Compañía sobre la que Secretaría de Estado en 1974 tendría dudas y preocupaciones importantes (p. 146).

Son de particular interés los esfuerzos del padre Arrupe y de los Provinciales en toda América del Norte al Sur, para orientar el trabajo de los jesuitas que trabajaban en aquellas tierras: trabajar por la fe y la justicia por una parte, como habían decidido en la Congregación XXXII los jesuitas y a la vez unidos a los obispos de cada lugar.

Es interesante comprobar cómo fueron las indicaciones del magisterio de la Iglesia centrando la cuestión; las conclusiones del CELAM en su Conferencia de Puebla de 1979, los documentos de la Congregación de la Doctrina de la Fe sobre la teología de la Liberación, los viajes de Juan Pablo II y, sobre todo, lograr que la Teología de la Liberación que se había extendido en cátedras y púlpitos diera paso a la serena y eficaz Doctrina Social de la Iglesia que San Juan Pablo II había tomado como línea de actuación magisterial (p. 173-181).

Verdaderamente, se produjo mucha confusión en aquellos lugares, pues algunos parecían aplicar el marxismo como filosofía y praxis misional, en contra de las indicaciones directas del Padre Arrupe (p. 183-184). Que sus actuaciones fueron lentas o rápidas, no lo sabemos, lo que sí se puede confirmar del análisis de la obra es que estaba perfectamente informado de la situación (p. 138). Las relaciones de autores y obras investigadas por la Congregación de la Doctrina de la fe, son dolorosas (p. 363).

La segunda parte del libro comienza con la intervención de Juan Pablo II de la Compañía de Jesús en 1981, para nombrar al Padre jesuita Dezza, como delegado, para preparar con los órganos de gobierno de la Compañía la Congregación XXXIII.

Desde la elección del Padre Kolvenbach como Preposito de la Compañía parece como si las aguas fueran volviendo poco a poco a su cauce, De hecho él mismo afirmaba con gran sencillez: “la consolidación dinámica de la orden a través del restablecimiento de sus estructuras tradicionales de gobierno, sin cambiar de rumbo” (p. 235).

Inmediatamente, el nuevo General empezó a viajar a escribir cartas, estudiar la documentación, reorganizar el gobierno y traer a Roma a nuevos colaboradores eficaces que le ayudaran en la toma de decisiones. Un estilo sosegado, profundo, menos carismático pero muy importante por los años de turbulencia pasados.

Juntamente, los temas de preocupación que fueron acometiendo en nuevas Congregaciones: Oriente Medio, el problema del Islam, el ateísmo creciente en Europa los problemas de las guerras y de las colonización en África, las corrientes migratorias.

Asimismo, tuvieron momentos de gran tensión como el asesinato de Ellacuría y otros jesuitas en el Salvador junto con la muerte a tiros, poco tiempo después, de monseñor Romero el Arzobispo. Tensiones que no hicieron cesar al magisterio de la Iglesia y a la Compañía a no confundir la teología de la liberación con el verdadero camino de la paz, progreso y del desarrollo..

Efectivamente, tras la solemne celebración del año ignaciano por el 500 aniversario del nacimiento del fundador y 450 del comienzo de la Compañía (1988-1992), nos habla el autor de la vida habitual de la Compañía: con el desarrollo normal del trabajo, pues ya en los años noventa se producen luces y sombras, más las primeras que las segundas; con la recuperación de las vocacio-

nes, la mayoría de ellas procedentes de universitarios y jóvenes profesionales, de todas las razas y culturas.

Asimismo, nos habla del esfuerzo del P. Kolvenbach por recuperar el apostolado con intelectuales y la primacía de cátedras y ámbitos académicos de prestigio, la recuperación del nivel académico de colegios y universidades, etc (p. 355). Efectivamente, al término de los años noventa, tiene lugar en Loyola en el 2000 una reunión muy significativa con los “superiores mayores” donde el P. Kolvenbach, ya en los últimos años de su actividad dirigente, no dudará de hablarles con gran vigor e ilusión de “fidelidad creativa en la misión” (p. 357-358).

En el 2005 en la Asamblea de Loyola, el P. Kolvenbach aprovechará para anunciar su decisión de renunciar al cargo y comenzará así un largo proceso que concluirá en el 2008 con la elección del nuevo prepósito Adolfo de Nicolás (p. 373). Eso si se aporta el dato de la petición de Secretaria de estado de que el P. Kolvenbach acudiera al arzobispo Bergoglio para recabar su opinión sobre el estado de la Compañía (p. 366).

Los siguientes años quedarán marcados por el resello de la Congregación XXXV que hablaba de un mundo globalizado y multicultural, lo que implicará no solo el manejo de los multimedia sino la presencia activa del evangelio en todas las culturas y en todos los ambientes para iluminarlos desde dentro (p. 387). Enseguida, se añadirá la cuestión de la ecología (p. 388) y la Compañía en la red mediante el gobierno globalizado (p. 390). En esa línea el autor hablará del “meteorito Nicolás por las periferias del mundo” (p. 397).

Un año antes de la celebración del 200 aniversario de la restauración de la Compañía llegó la inesperada noticia de elección del papa Francisco en la figura del arzobispo Bergoglio, “quien se siente profundamente jesuita” (p. 413). Un espaldarazo para el crecimiento de la Compañía en las palabras del P. Kolvenbach en Loyola, antes citadas: “fidelidad creativa en la misión”.

En efecto, después de narrar el profesor La Bella las diversas vicisitudes y faltas de entendimiento, dentro de un clima de obediencia, que tuvieron lugar entre el padre Arrupe y el papa Pablo VI y de la intervención del Santo Padre Juan Pablo II de la Compañía en 1981, para nombrar un delegado jesuita el padre Dezza, que les ayudara a encontrar un sucesor que enderezara la vida de la Compañía hasta la llegada del nuevo milenio, como fue el Padre Kolvenbach, nadie podía imaginar, ni el propio general Adolfo Nicolás, que fuera un papa jesuita la persona que les ayudara a reencontrar el camino de la plena obediencia al santo Padre.

Lo que queda claro desde el comienzo es que fue un empeño común tanto del papa Francisco como del Prepósito General el mutuo entendimiento y el deseo de superar cualquier distancia o malentendido y encontrar un verdadero clima de confianza mutua. Así lo demuestran las cartas del padre Adolfo Nicolás (p. 413), como los detalles de afecto y cordialidad del Papa (p. 412) y de superación y olvido de cualquier distancia que hubiera habido (p. 418).

Enseguida, nuestro autor narrará pormenorizadamente el empeño del santo Padre por reunirse, en pocos meses, con los jesuitas de muchas y variadas formas, como narra seguidamente: audiencias a colegios, Consejo de redacción de La Civiltà Cattolica, celebración del 31 de julio en El Gesú de Roma en la fiesta de San Ignacio, beatificación de Pedro Fabro, la canonización del misionero jesuita José de Anchieta, el impulso decidido de la causa de Alonso de Barzana, “el Francisco Javier de Argentina”, recibimiento a la Pontificia Universidad Gregoriana, Instituto Bíblico y el Instituto Oriental, comida en la Curia General de los jesuitas, celebración del bicentenario del restablecimiento de la Compañía (p. 418-427).

Para concluir, el autor recoge una costumbre habitual de los viajes del papa por el mundo entero, en los que siempre encuentra un momento para encontrarse con los jesuitas del lugar y sostenerlos en su labor y alentarles en la tarea a pesar de las dificultades que puedan encontrar y, si no está prevista la visita, improvisando un encuentro sorpresa, como los que tuvo lugar en Corea del Sur, Filipinas, México e Irlanda (p. 427-429).

Señala nuestro autor, a modo de síntesis: “Francisco pide a la Compañía ayuda y colaboración, mucho más que sus predecesores y esta representa para él ‘su familia pontificia’, a la que confía múltiples encargos y a la que se dirige con frecuencia, con transparencia y confianza, utilizándola como red planetaria de la que obtener información y recibir apoyo, pero sobre todo, como ha hecho en sus viajes a Chile y Perú confiándoles un encargo específico: “enseñar y divulgar la práctica del discernimiento”” (p. 429).

El apartado sobre el papa Francisco y la Compañía, concluye, como el libro, con la descripción de la convocatoria, preparación y celebración de la Congregación XXXVI, en la que resulta elegido el primer Prepósito general que no es europeo, el Padre Arturo Sosa, venezolano, es el 24 de octubre de 2016 y “por primera vez en la historia, un papa jesuita deja el Vaticano y se suma a los jesuitas reunidos en el aula de la Congregación, donde se queda durante más de cuatro horas. Es algo inédito, un gesto cargado de significado, una cita para la que el nuevo general había pedido a todos que se prepararan espiritualmente” (p. 436).

José Carlos Martín de la Hoz

MESTRE SANCHIS, A., *Religiosidad, cultura y política. Mayans y la Compañía. De la amistad a la ruptura*, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia 2019, 263 p. + Apéndice documental e Índice onomástico.

El profesor Antonio Mestre es el gran concededor del erudito Gregorio Mayans. Lo ha retratado desde todas las posiciones posibles y lo ha defendido en las múltiples controversias sobre su obra. A su figura ha dedicado libros,

estudios, afán y esfuerzo. Lo ha presentado en múltiples congresos, algunos de los cuales ha preparado él mismo dedicados en exclusiva a su persona, trayectoria e influencia en su siglo y en los posteriores. En este libro estudia y recopila una buena información sobre la relación de don Gregorio con la Compañía de Jesús, una relación que fue amistosa en un principio y se deterioró con el tiempo hasta llegar a una clara ruptura. Pero Mayans siempre supo distinguir la institución, con la que no comulgó en casi nada, de los miembros, con muchos de los cuales colaboró y a los que le unieron lazos de sana amistad. Otros hubo con los que mantuvo graves diferencias y conflictos personales. De todo hubo en una vida dilatada llena de afanes. Porque nuestro personaje fue un hombre de carácter, concedor y defensor de su valía, aunque también supeditado al favor de los que ostentaban el poder sin cuyo aval poco se podía hacer en aquella España centralizada y dependiente. El título recoge bien los aspectos que preocuparon al erudito y que durante medio siglo dependieron de los jesuitas que buscaron ante todo su propio beneficio, aumento de poder y marginación de sus desafectos. Un poder excesivo que labró con el tiempo su propia desgracia, la que se consumó en abril de 1767 cuando Carlos III decretó su expulsión de los territorios de la monarquía, hecho que alabó, por muchos motivos, el erudito de Oliva.

Mayans fue un hombre de profundas convicciones tanto en lo religioso como en lo político y cultural. Católico sincero, exigente, inclinado al rigorismo y contrario al centralismo absoluto de Roma. Regalista y ambicioso en su afán por saber, por difundir la cultura y por transformar las estructuras educativas. En todas ellas se encontró frente a una Compañía de Jesús que actuaba de manera corporativa en defensa del papado, regalista solo por necesidad y beneficio, dueña de lo que consideraba su mejor aval, la *Ratio Studiorum*, y defensora de una religiosidad laxa —que no defendían todos sus miembros—. Frente a estas actitudes, Mayans no podía dejar de mostrarse como un antijesuita activo y como a tal, la Compañía y sus miembros más relevantes o con cierto poder, no podían favorecerlo en sus pretensiones intelectuales. El erudito se convirtió en un personaje poco grato, alguien que no merecía la pena promocionar, ayudar o proteger. Por eso, su carrera se vio obstaculizada siempre, sacando a relucir estigmas que pudieran hacerle daño, relaciones que parecieran peligrosas o afirmaciones que pusieran en entredicho su españolismo. Porque don Gregorio, estudioso de amplias miras, conoció las nuevas corrientes intelectuales europeas y mantuvo contacto con todos los hombres de letras de los que supo aprovechar lo mejor y sublimar lo nacional con lo extranjero. Y como trabajador infatigable supo estar al lado de cualquiera que le pidiera colaboración en algún proyecto interesante que redundara en beneficio de las letras, del honor de España o del bien de la Iglesia.

El distanciamiento empezó con la crítica a la irregular donación de las aulas de gramática a la Compañía separándolas de la universidad valenciana. Detrás estaba el ayuntamiento municipal controlado por los afectos a los jesuitas y el confesor real, Clarke. De esta forma los jesuitas pasaron a monopolizar la

educación secundaria y Mayans perdió la oposición a una pavorría. Siguió con su cargo en la Real Biblioteca donde no pudo desarrollar sus proyectos por trabas y envidias a pesar de su empeño en ganar apoyos. La realidad era la que era, y harto y desengañado abandonó el empleo y se refugió en su casa de Oliva que se convirtió en un referente de las letras. En aquella casa solariega y en torno a su familia y amigos realizó su obra personal y colaborativa.

En torno a los jesuitas se constituyó un gran poder, social, político, religioso, educativo y hasta económico. Por eso convenía estar a bien con ellos. Mayans lo experimentó en su entorno más próximo y en el más lejano que controlaban los confesores del rey, jesuitas y, además, franceses como el propio Felipe V. Tanto Clarke como Fèvre prestaron poca atención y apoyo a su disposición de colaborar en los proyectos que favorecieran a las letras y a la monarquía, a pesar de mantener buenas relaciones con jesuitas concretos y hombres de letras. Habría que esperar a la llegada del padre Rávago en 1747 como confesor de Fernando VI. Esta elección dio ciertas esperanzas a Mayans y a sus amigos de revitalizar la cultura española y presto estuvo el erudito a ofrecerse entre halagos al confesor real y a manifestar la valía de sus propios méritos. Pero también en este caso hubo más promesas que realidades (solo fraguó el beneficio de Tarancón a Juan Antonio). Algunos casos de índole teológica (caso Noris) o cultural (Comisión sobre Archivos) no contribuyeron a un acercamiento efectivo. Mayans no estaba dispuesto a colaborar en cualquier proyecto a pesar de las insistencias de su bienintencionado amigo jesuita Burriel, tenía claras sus prioridades y a quién servía. Tampoco le gustó la presencia de otro jesuita francés en la vida cultural madrileña, el padre Panel anticuario real y bien subvencionado. Mayans se opuso a él y alertó a sus amigos sobre este personaje que tampoco fue del agrado del padre Rávago.

El alejamiento de Mayans de los jesuitas se acusó más con la subida al poder de los manteístas en 1754. Con los nuevos ministros y hombres del poder contactó don Gregorio para ofrecer su persona y sus trabajos –especialmente, ahora sí, regalistas– y, de paso, verse recompensado con una pensión que le permitiese dedicarse íntegramente a sus proyectos culturales. Tuvo buenos favorecedores –Roda, Campomanes, Aranda, Nava, Gil de Jaz, etc.–, pero las pretensiones no siempre cuajaron por las rivalidades entre los hombres que tenían el poder y por la disparidad de proyectos entre ellos. De hecho, Mayans consiguió de Roda una pensión, el título de Alcalde de Casa y Corte y un encargo de redactar el plan de estudios para las universidades que, aunque se afanó en su redacción, sirvió de poco. Roda debió esconderlo en un cajón y eso que coincidía en el tiempo con la expulsión de los jesuitas y la posible renovación de los planes de estudio. Mayans tenía un enemigo –que pasaba por amigo– en la corte, muy cercano a Roda, que era Pérez Bayer que pretendía ser el gran reformador de las letras españolas y valencianas y para ello debía controlar y entorpecer los proyectos de Mayans y su entorno. Incluido el nombramiento canonical de Juan Antonio.

El distanciamiento con los jesuitas se concretó en aspectos sensibles para la Compañía. Uno fue su apoyo a la historia del jesuita padre Mariana contra el también jesuita padre Higuera autor y defensor de los falsos cronicones. Otro, su posición favorable a la beatificación del obispo Palafox que los jesuitas intentaban evitar por todos los medios. Un tercero se manifestaba en su oposición al culto del sagrado Corazón de Jesús que tenía en los hijos de san Ignacio a sus difusores. De gran calado serían las divergencias doctrinales sobre el laxismo que condenaba el erudito frente a una religiosidad exigente y evangélica. En su opinión, la Compañía de Jesús era perjudicial para la Iglesia por estas y otras cosas, y para la corona por la defensa del regicidio, aunque fuera una acusación interesada y torcida, porque otros teólogos en épocas más humanistas habían apostado por él. De cualquier forma, las monarquías europeas del entorno borbón centraron su atención en los perjuicios que causaba la Compañía y buscaron los medios de anularla. Mayans siguió de cerca las noticias. Primero las de Portugal donde la política de Pombal acabó con ella. El ejemplo portugués fue seguido en Francia. Allí los distintos poderes del Estado chocaron tanto por su defensa como por su persecución, para acabar predominando el Parlamento que llevó a la “destrucción” de la Compañía en 1761.

Poco podían sospechar los jesuitas españoles de la proximidad de su expulsión en aquellos momentos, teniendo en cuenta sus pretensiones y alardes de poder. Mayans seguía y valoraba todas estas noticias como se desprende de su correspondencia. Curiosamente, su viaje a la corte para recibir su pensión y el título de Alcalde de Casa y Corte tenía lugar en octubre de 1766, pocos meses antes de que se produjese la expulsión de los jesuitas españoles. No en vano muchas de las conversaciones de esos giraron en torno a la Compañía. Es más que probable que ya en aquellos meses, los responsables de la política española tuviesen claro el destino de los hijos de san Ignacio. Nada señala el profesor Mestre Sanchis sobre si se dejó intuir algo a un Mayans declarado antijesuita convencido, aunque a la hora de la expulsión velara por algunos jesuitas concretos, amigos. Valoró la expulsión positivamente, como el momento esperado para afrontar una reforma educativa y de las letras, al frente de la cual esperaba estar. Las cosas no sucedieron así, el momento pasó y se entró en una lucha de poderes por el control de la enseñanza, de la gramática y de la universidad. Luchas estériles que contribuyeron poco al cambio que se necesitaba y del que salieron victoriosos Pérez Bayer, los escolapios y el tomismo, escuela vencedora en la puga casuística.

El profesor Antonio Mestre nos presenta en este libro al Mayans educado por los jesuitas, de los cuales se fue apartando poco a poco. Más en la medida en que ideológicamente sus caminos diferían ostensiblemente y nadie con poder y capacidad de decidir se preocupó de él ni atendió sus aspiraciones, personales, sí, pero sobre todo encaminadas al bien público, como le gustaba escribir. Y de escribir sabía tanto como de difundir sus escritos y proyectos. Pero no hay que escandalizarse, la historia de Mayans se repite en la actualidad con mucha

frecuencia. Quedan claros los planteamientos del profesor Mestre al centrar de forma monográfica la relación entre la institución jesuítica y Gregorio Mayans que quiso mantener siempre su libertad como persona, como intelectual y como creyente.

Vicente León Navarro